

Pulqueria quiere un auto

BENJAMIN PÉRET

Traducción de Ida Vitale



PULQUERIA ES NIÑERA. Admira los autos y su gran alegría es viajar en taxi. Cuando lleva de paseo a los niños que están a su cuidado, queda boquiabierta ante los hermosos autos que desfilan por la avenida de los Campos Eliseos.

En su cuarto sueña con un hermoso joven que tuviera un lujoso automóvil. Un día que pasea a los niños de sus patronas, traba conocimiento con un joven, Gluglú que le dice que tiene un auto y le propone llevarla a dar una vuelta. Acepta. Gluglú viene a recogerla poco después. Ella deja los niños al cuidado de una anciana que le parece respetable. El auto de Gluglú es un cascajo que se atora de continuo y salta cada pocos metros. A cada paso los ocupantes del auto son terriblemente sacudidos. Un ventarrón arranca el sombrero de Pulqueria, que pasa ante el auto. Gluglú se precipita. Una ráfaga arrastra el sombrero un poco más lejos. El auto, caprichoso, parte a toda velocidad, con Pulqueria al volante y aplasta a Gluglú. El auto regresa y aplasta varias veces a Gluglú. Gluglú se levanta y corre tras el auto, que corre más y más rápido. En una curva del camino, el auto choca con otro. Al chocar, Pulqueria es proyectada hacia el auto con el que el suyo ha chocado, mientras que el ocupante de éste es proyectado dentro del auto de Pulqueria. Los autos prosiguen su camino. Gluglú, que corre para alcanzar a Pulqueria, es aplastado de nuevo como antes, varias veces. Pulqueria sigue su camino. Da un giro demasiado brusco al volante y se mete en un campo donde hay vacas y toros pastando. Esos animales son el terror de Pulqueria. Un toro se abalanza directamente sobre el auto y de una cornada lo envía al otro extremo del campo donde otro toro se lo devuelve al primero. Ese ejercicio recomienza cinco o seis veces. Al fin un tercer toro se ocupa de lanzarlo a un estanque. Pulqueria sale de él cubierta de cieno. Ha tragado mucha agua. Vomita un líquido negruzco lleno de ranas. Le quita las patas a las ranas y las guarda en su pañuelo y vuelve a echarse al agua para pescar otras ranas a las que les quita las patas. Se dispone a irse con su pañuelo en la mano, cuando se encuentra con Gluglú, que corre sin aliento, transpirado y cubierto de polvo, buscándola y queda feliz al encontrarla. Pulqueria está furiosa y le da un bofetón. Gluglú gira sobre sí mismo y cae en la zanja que bordea el camino. Se levanta cubierto de barro. Se van, cada uno por su lado, volviendo la cabeza a cada paso con tristeza.

Este texto forma parte de una antología de cuentos de Benjamin Péret que la Ed. Vuelta publicará en breve.

La vieja señora, no bien se va Pulqueria, se lleva a los niños y telefona a los padres diciéndoles que le envíen un millón, sin lo cual los niños morirán. Los padres se niegan y avisan a la policía.

Pulqueria regresa, busca a los niños. ¡Desaparecidos! lo mismo que la vieja señora. Busca por todas partes y, al llegar la noche, bajo la nieve que se amontona sobre su cabeza formando un cono; vuelve a casa de sus patronas a los cuales les cuenta todo. La echan. Se promete encontrar a los niños. Encuentra a Gluglú y le cuenta toda la historia. Gluglú está desesperado y jura ayudarla.

Gluglú tiene una idea: recorrerá todas las casas de la ciudad y todos los apartamentos de las casas para encontrar a los niños. Pulqueria le da la foto de los niños como guía.

En la primera casa donde llama le abre una anciana que tiene un horrible perrito bajo el brazo. Gluglú mira alternadamente al perrito y la fotografía. Al ver a Gluglú, el perro ladra con furia y la anciana trata de consolarlo sin preocuparse por Gluglú. Otro perro sale de la casa, escapando entre las faldas de la anciana. Esta quiere atraparlo. También Gluglú. El perro corre por la calle, más rápido que Gluglú. Para detenerlo, Gluglú coge una bolsa de carbón de los hombros de un carbonero y la arroja sobre el perro. El perro queda aplastado como una galleta. Todavía mueve un poco la lengua. La anciana está furiosa y llora. Gluglú no ha olvidado el motivo de su visita y le pregunta si no ha visto a dos niños. Ella mira a Gluglú y mira la foto y creyéndolo loco huye olvidando el otro perro que, al correr tras ella cae en un desagüe. Gluglú vuelve a subir a la casa y golpea en otra puerta. Viene a abrirle un boxeador listo para subir al ring. Con la foto en la mano, mira al boxeador y mira la foto. El boxeador, que está esperando a un entrenador, lo toma por éste. Coge a Gluglú por los cabellos, manteniéndolo al cabo de su brazo. Gluglú se debate. El boxeador le da un puñetazo. La cabeza de Gluglú oscila como un péndulo y su rostro parece cada vez más atontado. Un puñetazo más y queda knock-out. El boxeador lo coge como si fuese un paquete y lo tira a la escalera. Gluglú rueda hasta abajo y cae de cabeza en una lata de basura. Cuando vuelve en sí, está con la cabeza en el basurero. Se da cuenta de que tiene un ojo en compota y la nariz sanguinolenta. Gluglú cambia de casa. Llama a una quinta. Viene a abrirle un mono. Gluglú retrocede asustado, mira la foto y mira al mono y entra pegándose a las paredes. No hay nadie... Grita: "¡Patrón! ¡Patrón!..." Un loro repite sus palabras y vuelve a su alrededor.

Decide explorar la casa. Abre una puerta. Da a un dormitorio donde hay dos cocodrilos, uno sobre la cama, otro sobre una mesa. Huye asustado. Abre otra puerta. Se trata de un comedor y hay un camello en él. En el salón hay un cordero. En la cocina, un avestruz que le coge el sombrero. Sube las escaleras. Se apoya en la baranda. La baranda es una serpiente cuya cabeza viene a rozar la suya. Gluglú está cada vez más asustado. Llegando al primer piso, Gluglú, que mira hacia arriba, cae en un acuario. Un cangrejo le pinza un dedo del pie y Gluglú no logra librarse de él. Acaricia al cangrejo para amansarlo. El cangrejo aprieta cada vez más. Gluglú saca un minúsculo vaporizador del bolsillo y perfuma al cangrejo. El cangrejo aprieta siempre, obligándolo a verterle encima el contenido de un frasquito de cloroformo. El cangrejo se duerme, aflojando su presión. Pero Gluglú también se duerme en el agua. Al despertarse, unos gusanos de seda han hecho capullo entre sus cabellos. Gluglú se los quita con mucho esfuerzo. Gluglú se va. Al cabo de haber entrado en 3 478 casas, llega extenuado, arrastrándose sobre las rodillas a aquella en que están prisioneros los niños.

Durante ese tiempo, los padres han lanzado a múltiples policías en busca de los niños y han prometido un gran rescate. Cada día, personas que han visto el anuncio del rescate los llevan a lugares diferentes. Un día a la Morgue, al día siguiente donde los saltimbanquis, de donde salen sarnosos. Otro día, los conducen a una gabarra donde se han refugiado dos niños desconocidos. Caen en un pañol de carbón de donde salen en estado lamentable. Cada día reciben una oreja, una nariz, un diente, un dedo, que según les dicen pertenecen a sus hijos. Están desesperados.

En sus búsquedas, Gluglú ha adquirido experiencia. Sabe que para lograr las informaciones que quieren no hay que entrar por la puerta. Quiere trepar por el canalón hasta el techo de la casa. Llegado a medio camino, el canalón se desprende y Gluglú se balancea en el vacío. Sin embargo sigue trepando, pero su peso lo hace retroceder cada vez más. Cuando llega al cabo del canalón, está muy alejado de la pared. Pasa un coche. Gluglú hace movimientos desordenados para alcanzar el techo. En un momento dado, el canalón toca la cabeza del cochero. El choque lo vuelve a mandar para arriba y se agarra al techo. El canalón vuelve para atrás, golpea las varas del coche, partiéndolas. El coche arranca solo. El cochero está furioso, el viajero también y golpea al cochero. Gluglú quería bajar por la chimenea, pero hay como quince. ¿Cuál es la que vale? Gluglú asoma la cabeza por el orificio de cada chimenea. En una de ellas hay un deshollinador, que despide un chorro de hollín. Gluglú queda tan negro como el deshollinador, cuya cabeza sale por la chimenea. Al final, Gluglú echa a la suerte por cuál debe descender. La que sale elegida es tan estrecha que Gluglú llega abajo desmesuradamente alargado. Está en un sótano oscuro y bajo, obligado a caminar muy encorvado. Sale del sótano y entra en otro sótano vacío cuyo piso está cubierto de una capa de barro que le llega hasta las rodillas. El sótano es muy alto pero, ya acostumbrado a andar encorvado, le cuesta mucho enderezarse. Ve a lo lejos la claridad por encima de su cabeza y quiere salir. Se ve obligado a trepar al muro ayudándose con las asperezas. Cae dos o tres veces y cuando llega a la luz, saliendo por un desagüe, queda asombradísimo de estar en la calle, justo delante de la casa a la que quería entrar. Ve

entreabierta la puerta de la casa. Entra. De inmediato suena una campanilla. Pandanleuil viene. Gluglú se esconde detrás de una colgadura. Gluglú quiere ver al hombre y corre la colgadura, que cae y los cubre a ambos. Gluglú se desembaraça, salta de alegría y golpea una cornisa con la cabeza. Cae. Pandanleuil viene, lo ata y luego lo mete en una estufa enorme. Gluglú vuelve en sí. Pandanleuil hace fuego en la estufa. Gluglú está desesperado y se ve perdido. Lloro con tal abundancia que apaga el fuego. Después de haberlo encendido, Pandanleuil se va frotándose las manos. Gluglú, con ayuda de sus dientes, deshace sus ataduras y sale de la estufa. Está cada vez más sucio. Tiene hambre y se come las borlas de la colgadura. Satisfecho se dirige a la escalera. Hay una espesa capa de polvo en la escalera. Para que no vean las huellas de sus pies en el polvo, sube la escalera sobre las manos. En el primer piso quiere enderezarse y vuelca un jarrón, que se rompe. Se abre una puerta y la madre Volauvent aparece. Él ve por la rendija una mano de niño y está seguro de estar en la casa donde los niños están prisioneros. La vieja mira para arriba. Gluglú aprovecha para deslizarse entre sus faldas. La levanta sobre sus hombros, la tira por la escalera y entra en el cuarto por la puerta entreabierta. La vieja cae por la escalera, rebota de escalón en escalón como si fuese de goma y cae de cabeza en la estufa. Gluglú se apodera de los dos niños y se prepara para huir, cuando Pandanleuil surge de un armario, con un enorme garrote en la mano y lo golpea. Encierra a los dos niños en el armario, sale del cuarto y lo cierra con llave. Cuando Gluglú vuelve en sí el cuarto está lleno de humo y los niños han llorado tanto que hay un largo hilo de agua que sale del armario, atraviesa el cuarto y se filtra por debajo de la puerta. ¡Fuego! Gluglú destruye todos los muebles antes de darse cuenta de que los niños están en el armario. Coge uno debajo de cada brazo y se prepara para salir. La puerta está cerrada con llave. El techo se hunde.

Pandanleuil surge de los escombros, con un garrote en la mano. Después de una pelea, Gluglú lo mata con un tablero del armario. Quiere usar el tablero para hundir la puerta. Lo sujeta con tal torpeza que se golpea en la cabeza y se hace un chichón enorme en la punta de la cabeza. Los niños lloran cada vez más. El agua sube hasta el cuarto. Le llega hasta los tobillos a Gluglú y comienzan a flotar en ella pedazos de madera. Gluglú tiene ahora el tablero debajo del brazo, pero cuando golpea la puerta, la plancha resbala y se golpea la cabeza contra la puerta. Nuevo chichón en la frente. Termina por hundir la puerta a puntapiés, no sin lastimarse las rodillas y romperse el pantalón. Un pie le queda apresado en el tablero de la puerta. Después de largos esfuerzos, termina por librarse y va a caer sobre Pandanleuil. Debido al calor, el vientre de éste se ha hinchado y cuando Gluglú cae encima, estalla. Los intestinos escapan. Gluglú alza a los niños y se prepara para salir por la escalera con los niños que lloran siempre, uno debajo de cada brazo. La escalera está en llamas. Retrocede precipitadamente. Oye a los bomberos que llegan. ¿Llegarán a tiempo? Gluglú está desesperado. Busca un medio de escapar a la muerte y mira para todos lados. De golpe ve los intestinos de Pandanleuil. Los estira. Hay metros y metros y se extienden como goma. Gluglú sujeta uno de los extremos del intestino al balcón y uno de los niños al otro y lo baja con precaución, pero una llama le quema las manos. Suelta todo. El niño cae y se hunde en el

suelo. Sólo su cabeza emerge. Dos hombres se ponen a tirar del niño por la cabeza. Se la arrancan y caen de espaldas. Lo extraen trozo a trozo, después vuelven a unirlo con pegalotodo. El niño escapa a todo lo que le dan las piernas pero lo pesca un agente que, en su precipitación pierde su quepis, su pelerina y su bastón blanco. El intestino sube. Gluglú ata al otro niño y quiere bajarlo. Han llegado los bomberos y las mangueras funcionan. Deja resbalar al niño, que es atrapado por el chorro de una manguera y oscila en el chorro del agua como los huevos en el tiro al blanco de las ferias. Hace falta que otro bombero trepe hasta la manguera y, poniendo la mano en el orificio, detenga el chorro para que el niño llegue al suelo. Gluglú toma a su vez el intestino pero como es pesado baja varios metros de modo brusco, balanceándose verticalmente. Luego, a medio camino del suelo, el intestino se rompe entre sus dos brazos tendidos. Queda colgando de una mano, con el resto del intestino en la otra. Desde abajo,

tiran sobre el intestino y el cuerpo de Gluglú se parte en dos. Una parte cae a tierra, mientras la otra queda suspendida del intestino. Con ayuda de una podadera, semejante a la que usan los jardineros para cortar desde tierra las ramas altas de un árbol, un bombero corta el intestino, mientras que otro sujeta la mitad del cuerpo de Gluglú, como los carniceros descuelgan un trozo de carne. Juntan las dos partes y las unen con ayuda de clavos gigantescos que salen por el otro lado del cuerpo. Gluglú, que acaba de volver en sí los corta con su cortapluma. Luego arranca los clavos que quiebra y chupa como si fuesen bombones. Se va acompañado de los dos niños que lleva de vuelta a sus padres. Alegría de los padres. Sonrisa de Gluglú. Le ofrecen una recompensa a elegir. Quiere un auto. Al tenerlo, va en busca de Pulquería, la besa y se la lleva. ✽

1922

